

# Anecdotario de Eugenio d'Ors

Carlos d'Ors

Presentamos aquí una serie de anécdotas de Eugenio d'Ors, algunas contadas o escritas por él, otras, sucedidas a él, y, por último, incluso algunas apócrifas, que han sido recogidas, redactadas y tituladas por su nieto Carlos d'Ors.

Las fuentes de procedencia de las anécdotas son las siguientes:

*Ajo* (Juan Pablo d'Ors Pérez); *Antigüedad* (Eugenio d'Ors, *La vida breve*, en «Blanco y Negro», Madrid, 6 de mayo de 1926); *Artículo* (Antonio Díaz Cañabate); *Benevolencia* (Antonio Lago Carballo); *Byzantinismos* (Antonio Lago Carballo); *Caída* (Eugenio d'Ors, *La vida breve*, en «Blanco y Negro», nº 1.921, Madrid, 11 marzo de 1928); *Capa* (Antonio Díaz Cañabate); *Cogito* (Eugenio d'Ors, *Novísimo Glosario*, Madrid, Ed. Aguilar, 1945, p.994.); *Champán* (Eugenio d'Ors, *La Tradición. Nuevo Glosario*, Buenos Aires, Editoriales Reunidas, 1939, pp. 90-92.); *Espejo* (Emilio García Gómez); *Franco* (Víctor d'Ors Pérez); *Micrófono* (Antonio Lago Carballo); *Oscuridad* (Antonio Díaz Cañabate); *Perlas* (Eugenio d'Ors, *La vida breve*, en «Blanco y Negro», Madrid, 18 de abril de 1926); «*Policeman*» (Eugenio d'Ors, *Nuevo Glosario*, Buenos Aires, Editoriales Reunidas, 1939, p. 241.); *Puro* (Juan Pablo d'Ors Pérez); *Receta* (Eugenio d'Ors, *Novísimo Glosario*, Madrid, Ed. Aguilar, 1946, p. 24.); *Retrato* (Eugenio d'Ors, *Retratos y modelos*, en «Arriba», 3 de julio de 1949); *Retribución* (Antonio Lago Carballo); *Ron* (Juan Pablo d'Ors Pérez); *Sánscrito* (Antonio Lago Carballo); *Sereno y Obispo* (Antonio Díaz Cañabate); *Sueño o Ensueño* (Eugenio d'Ors, *Nuevo Glosario*, vol. II, Madrid, Ed. Aguilar, 1947, p. 194.); *Sultán* (Eugenio d'Ors, *Novísimo Glosario*, Madrid, Ed. Aguilar, 1946, pp. 845-846.); *Tortilla* (Antonio Díaz Cañabate); *Uniformes* (Antonio Lago Carballo); *Vida interior* (Eugenio d'Ors, *Novísimo Glosario*, Madrid, Ed. Aguilar, 1946, pp. 602-603.); *Viuda* (Eugenio d'Ors, *Novísimo Glosario*, Madrid, Ed. Aguilar, 1946, p. 829.).

## Ajo

Todos sabemos que entre los escritores existen frecuentes «piques». Este era el caso de Eugenio d'Ors y Pío Baroja. El catalán y el vasco

no se llevaban muy bien, que digamos. En el friso de uno de los muros del edificio del Casón del Buen Retiro de Madrid se había colocado la inscripción del famoso aforismo de Eugenio d'Ors TODO LO QUE NO ES TRADICIÓN, ES PLAGIO. Con el paso del tiempo fueron cayéndose las letras de la inscripción.

Una mañana se dio la coincidencia de que Eugenio d'Ors y Pío Baroja paseaban por las proximidades del edificio del Casón. Y se cruzaron. Tras los saludos de rigor, Pío Baroja, que tenía «muy mala uva», señalando la inscripción en el edificio, le comentó con sorna:

—Don Eugenio, ahora me gusta mucho más su lema que antes. Mire usted lo que pone: TODO LO QUE NO ES RACIÓN, ES AGIO.

Eugenio d'Ors, después de un momento de vacilación, le contestó con ironía:

—A eso, no puedo replicar ni «pío».

## Antigüedad

El gran crítico e historiador del arte alemán August Mayer, especializado en pintura clásica española, si alguna vez había fomentado, con cierto optimismo, algunas pretensiones de autenticidad, ilusión de propietarios, ganga de intermediarios, otras veces, sin embargo, se mostró implacable y echó sin piedad muchas esperanzas por el suelo. Así, un día fue a casa de un señor, empeñado en declararse feliz poseedor de muchas obras de gran antigüedad y valor. Había llevado al sabio crítico a que las viera, y juntos iban recorriendo las habitaciones en cuyos muros estaban colgadas. Fueron viendo las obras una por una. —«Aquí hay un Zurbarán todavía»— dijo el dueño a la entrada de un cuarto. —«Siento que ahora no lo pueda ver porque, como puede usted comprobar, está aquí descansando mi abuela que tiene ochenta y cuatro años.

La visita siguió. Fueron viéndose cuadros y más cuadros. Y el visitante, siempre sin abrir la boca. Llegó, por fin, el momento de despedirse.

—Adiós, señor; beso a usted la mano—, dijo, muy finamente, Mayer.

—Muchas gracias, y cuide usted mucho de su abuelita porque es lo más antiguo de la casa.

## Artículo

Los contertulios se guardaban muy mucho de mencionar cierto artículo que se acababa de publicar en Barcelona. Ese artículo atacaba sin piedad a Eugenio d'Ors. Nadie quería molestar al filósofo con su simple mención. Pero, al final, no pudiéndose resistirlo, saltó el pelmazo de turno:

—Don Eugenio, ¿ha leído usted el artículo de Fulano?

—Sí— contestó d'Ors. Y ha tenido suerte su autor porque lo he leído el día de la Madre.

## Benevolencia

Todos cuantos le conocieron guardan del marqués de Lozoya el recuerdo de su bondad, benevolencia e incapacidad para el juicio adverso o la reticencia. Pues bien, cuando era catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Valencia, antes de la Guerra Civil, invitó a dar unas conferencias a Eugenio d'Ors a la ciudad del Turia. Lo que iban a ser tres o cuatro días, se convirtieron en una estancia de casi dos semanas. Visitas a éste o aquel otro lugar pintoresco, excursión aquí o allá, almuerzo o cena en homenaje... y siempre con la compañía solícita, infatigable del bondadoso marqués, en ningún momento dispuesto a reflejar fatiga o fastidio.

Llegó el día de la marcha y a la estación de ferrocarril acudió el marqués encabezando el pequeño grupo de incondicionales del maestro. Éste, asomado a la ventanilla del «coche-cama» y, consciente del alivio que iba a sentir el marqués de Lozoya tras el ajetreo de su visita, le dijo:

—Y ahora, querido marqués, cuando el tren se aleje, usted como es tan bueno, se limitará a decir: ¡Uf!

## Bizantinismos

Se discute en la tertulia acerca de si los escultores bizantinos desconocían la anatomía humana, que si sus figuras deformadas contrastaban con la perfección del canon clásico, que si un pudor moral les llevaba a ignorar las proporciones naturales del cuerpo humano. Don Eugenio afirmaba que sus estatuas eran como eran por deliberado deseo del ar-

tista; eran producto, en fin, de una determinada concepción estética. Y concluía:

—¡Vamos... que cada bizantino no iba a conocer de memoria el cuerpo de su bizantina!

## Caída

Un día tuvo el pintor Mariano Andréu un accidente. Encontrándose trabajando, como de costumbre, le llamaron por teléfono. Corrió, puso mal el pie, se cayó. Una luxación del talón. Hematomas en la cara. Una operación con enyesado. Una condena a la inmovilidad, prescrita para mes y medio. Pero, al séptimo día, el artista ya estaba de pie, con el «malo» metido dentro de una botina abierta, y en su estudio, «dale que te pego.»

Eugenio d'Ors fue a visitarle. Le encontró con la cabeza envuelta en trapos. Al rato entró Madame L., que también había ido para ver cómo se encontraba. Y entonces la dama en cuestión, al verle, como poseída de una inspiración, exclamó:

—Jamás había reparado hasta ahora en lo que se parece usted a Luis XIV.

## Capa

En los años de esta historia vivía Eugenio d'Ors en Madrid y dirigía una revista. Por aquel entonces estaba muy de moda que los hombres llevaran capa en invierno. A la redacción de la revista acudió una mañana un joven escritor que vino a ofrecerle al maestro un cuento que había escrito para ver si le interesaba publicarlo. Era invierno y el joven llevaba capa. Parece que a d'Ors no le gustó mucho el cuento, y le dijo al joven:

—¿Por qué no prueba usted mejor con un ensayo?

Al cabo de unos meses el joven volvió a acudir a la redacción de la revista. Era en primavera y ya no llevaba la capa. El joven se dirigió al filósofo con estas palabras:

—Le he traído un ensayo, como usted me había dicho.

Eugenio d'Ors le observó unos instantes y, al ver que no llevaba la capa de la otra vez, le dijo: